

LAS SOLIDARIAS CIGÜEÑAS DE BEMBIBRE

Podría parecer un cuento, podría parecer una fábula como esas que se dicen a los niños, para estimular sus virtudes. Pero, no; es, sencillamente, un hecho real, un sucedido que yo me limito a relatar.

La leonesa y berciana, villa de Bembibre, una pequeña ciudad minera, comercial y agrícola, tiene en su plaza mayor una iglesia, bajo la advocación de San Pedro, que, según los entendidos fue allá por los finales de la Edad Media, sinagoga de la alhama hebrea. Este templo está rematado por una airosa espadaña del siglo XVIII, coronada por una imagen en granito blanco del Sagrado Corazón de Jesús que, parece ser, fue hecha por un escultor gallego.

La imagen presenta sus brazos abiertos hacia lo alto y fue colocada allí después del incendio del templo en los sucesos de octubre del 34.

Sobre la cabeza de aquella, aprovechando la apertura de los brazos y el pararrayos adosado a sus espaldas, hace años, una pareja de cigüeñas, decidió construir allí su nido, su hogar y de primavera y verano para ellas y para su descendencia.

La atrevida colocación del nido, el planear de las cigüeñas en torno a la espadaña, la belleza plástica del conjunto, en fin, era más que suficiente reclamo para que cuantos viajeros pasaban por el lugar se detuvieran, máquina fotográfica a punto, para llevarse un recuerdo gráfico del original tema.

Con el paso del tiempo y de sucesivas familias, el nido se fue agrandando y, dicen, que era tal su peso que hacía peligrar no sólo la imagen del Corazón de Jesús, sino también la propia espadaña, con el riesgo que ello podría entrañar, ya que el lugar es muy transitado. Por ello, en el otoño del año 77, quien tenía atribuciones para ello, decidió –quizá con buen criterio- que se debía tirar el atrevido nido. Y así se hizo; no sin cierto trabajo, pues fueron varios los intentos para arrojar al suelo aquel amasijo de palos, barro y yerbajos.

Cuando por San Blas –ahora hace un año- regresaron las cigüeñas se encontraron sin hogar. Pacientes –“aves cartujas”- decidieron construir otro; más he aquí que las condiciones no eran ya las mismas, había sido deliberadamente separado el tubo del pararrayos y no podía servir de apoyo a la primera rama que es base y trabazón de las restantes. Las dos aves iban y venían constantemente trayendo palos de distinto tamaño que, apenas colocados sobre la imagen, se iban al suelo por no tener suficiente punto de apoyo. Así estuvieron varios días, sin que los trabajos avanzaran lo más mínimo. Comerciantes, menestrales y desocupados de la vecindad contemplaban interesados el ajeteo de las cigüeñas, discutiendo y porfiando unos con otros sobre si lograría rehacer el nido, aunque se generalizaba la opinión pesimista.

Pero algo iba a suceder. No sé qué atávico instinto movió a las dos aves a solicitar ayuda de otra pareja que por las proximidades anidaba. Con ellas, no sólo se incrementó el número de viajes para traer materiales, sino que, y esto era lo importante, al menos una permanecía permanentemente sobre la cabeza de la imagen para sujetar con sus patas las

ramas que iban aportando sus compañeras. En pocas jornadas el nido quedó terminado y las dos cigüeñas pudieron reanudar su ciclo vital. Tuvieron crías y las enseñaron a volar sobre los mismos paisajes donde ellas aprendieron, lanzándose desde la alta espadaña de la iglesia a los cercanos tejados.

Terminó el verano y partieron con sus descendencias hacia tierras más cálidas. Y, otra vez, surgió el problema y se repitió la historia: el nido volvió a ser derribado.

Llegó otro “San Blas” -1979-, y con él las cigüeñas solidarias de Bembibre regresaron a sus lares... ¿Volverán a construir su nido? O, como en el poema de Guillermo Valencia.

**“De cigüeñas la tímida bandada,
recogiendo las alas lentamente,
pasó sobre la torre abandonada
a la luz del crepúsculo muriente” ...,
buscando otros pueblos más acogedores,
otros aires más propicios.**

Yo las he visto, pacientes, estoicas, aguantando la lluvia, alzadas en una sola pata sobre la cabeza de la imagen blanca. Pensativas y afligidas duda sobre sus destinos. ¡Pacientes cigüeñas de Bembibre, “aves cartujas”, no sé si, tesoneras, intentaréis la hazaña de reconstruir la casa, o si, por el contrario, decidiréis partir “recogiendo las alas lentamente”; pero sí sé que, al menos en el recuerdo, al menos en esa historia de las pequeñas cosas, vuestra lección debe de perdurar como un ejemplo de solidaridad!.

Es la hermana cigüeña quien nos enseña.

Antohony CART